ADMINISTRACIÓN LÍRICO DRAMÁTICA.

LA REDENCIÓN EN LA CULPA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

D. FRANCISCO JAVIER COBOS.

MADRID.
ADMINISTRACIÓN LÍRICO DRAMÁTICA, Cedaceros, 4, 2.º
1890.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. CORRAS

N.º de la procedencia
2551.

LA REDENCIÓN EN LA CULPA.

LA REDENCIÓN

EN LA CULPA

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

D. FRANCISCO JAVIER COBOS

(ESTRENADO CON EXTRAORDINARIO ÉXITO
EL 15 DE NOVIEMBRE DE 1890, EN EL TEATRO PRINCIPAL
DE GRANADA.)

¡Qué horrible cosa es el crimen! En red impalpable de males nos envuelve, y sea cualquiera la dirección que tomemos, siempre tropezamos con sus mallas invisibles.

Magdalena, *acto 2.º escena 4.ª*

GRANADA.
Imprenta de EL POPULAR, Hospital de Sta. Ana, 12.
1890.

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/laredencinenlacu00cobo

Á LA SEÑORA

D.ª ANTONIA CONTRERAS.

Creación de Ud. ha sido Magdalena: por Ud. vivirá, y nada más justo que, como prueba de admiración, de aplauso y de reconocimiento, coloque el nombre de artista tan inspirada al frente de esta obra,

FRANCISCO J. CÓBOS.

722812

PERSONAJES.	ACTORES.
MAGDALENA....	Sra. D.ª Antonia Contreras.
INÉS.....	Srta. D.ª Josefa Cobeña.
EL BARÓN	Sr. D. Antonio Vico.
EL DUQUE DEL VALLE	Sr. D. Carlos Sánchez.
ANDRÉS.....	Sr. D. Antonio Perrín.
UN CRIADO	Sr. Atané.

Época actual.—Madrid.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO.

Salón decorado con buen gusto y riqueza en las habitaciones que en su palacio ocupa el banquero, Barón de la Constancia: puerta al foro: á ambos lados de ella rica estantería con libros y legajos: á la izquierda puerta que comunica con las habitaciones de Ines: á la derecha en primer término otra que conduce á las demás habitaciones del Barón, y al pabellón que ocupan las oficinas de banca: en segundo término un balcón practicable. A la derecha, segundo término, casi delante del balcón, una magnífica mesa de despacho sobrecargada de grandes libros y papeles. A la izquierda, primer término, un elegante confidente. Mucha riqueza en todo. Por izquierda y derecha entiéndase siempre la del actor.

ESCENA I.

EL BARÓN, ANDRÉS: aquel sentado á la mesa de despacho: este en pié á la parte opuesta, dando cuenta de las cartas que abre.

ANDRÉS. Los Sres. Coromina, de Barcelona, envían la factura del papel comprado por nuestra órden.

BARÓN. Colóquela Ud. entre los documentos que han de entregarse hoy al agente de Bolsa.

ANDRÉS. (Que abre otra carta). Esta carta no se refiere á negocios de la casa. No conozco la firma.

BARÓN. ¿Cómo dice?

ANDRÉS. Luis Barreau.

BARÓN. ¿De Paris?

ANDRÉS. Sí señor.

BARÓN. Deme Ud. (tomando la carta y revisándola con avidez.) Aparte. (Nada; ni una noticia, ni una huella que marque su paso, ni el menor signo de su existencia. Está bién). (Dobla la carta y la guarda en uno de los bolsillos de su levita). ¿Hay más cartas?

ANDRÉS. Sí señor, queda una (La abre). Del Duque del Valle.

BARÓN. ¿Está ya en Madrid?

ANDRÉS. Llegó anoche de Zaragoza, y dice que hoy tendrá el gusto de saludar á Ud.

BARÓN. ¡Cuánto me alegro! Deme Ud., deme Ud. también esa carta: (la toma y guarda como la otra) y desde hoy, amigo mio, empiece Ud. á ver en el Duque una persona de la familia.

ANDRÉS. ¡De la familia!

BARÓN. De la familia, sí: que no ha de pasar mucho tiempo sin que se realice mi esperanza más querida. Mi hija será Duquesa del Valle: entrará en el gran mundo por derecho propio, y el antiguo y aristocrático blasón, vendrá á ennoblecer más el que han logrado alcanzarme cuarenta años de rectitud y de trabajo.

ANDRÉS. (Aparte) ¡Dios mio!

BARÓN. ¿Qué es eso? ¡Parece que le ha sorprendido á Ud. la noticia! Y sin embargo, para Ud. no es nueva.

ANDRÉS. Es verdad, ya la conocía.

BARÓN. ¿No le parece á Ud. un brillante matrimonio?

ANDRÉS. Sin duda qué lo es; pero no siempre en los brillantes matrimonios se encuentra la felicidad.

BARÓN. Tiene Ud. razón; mas añadamos, y me sobran motivos para asegurárselo á Ud., que tampoco se encuentra muchas veces en los matrimonios por amor. Concurren en este cuantas circunstancias pueden asegurar la felicidad de mi hija. El Duque es hombre de mundo, elegante, ilustrado, rico, y representa, como su último vástago, una de esas gloriosas noblezas

honra de nuestra historia: no olvido que es mucho mayor que Inés; pero así sabrá mejor formar su corazón, iniciarla en los misterios de la nueva y deslumbradora existencia á que está llamada, y hacer, de una niña á quien su padre mima, quizá con exceso, una mujer ilustre que lleve digna y noblemente la corona ducal de su marido.

ANDRÉS. Se dice que la existencia del Duque ha sido borrascosa.....

BARÓN. Exigencias de los pocos años.....

ANDRÉS. Que solo ha pagado tributo á las frivolidades y á los placeres.....

BARÓN. Cosas propias de la juventud ociosa y rica.

ANDRÉS. Que vá su nombre unido á muchas aventuras escandalosas.....

BARÓN. Siempre la maledicencia abulta los hechos y los desfigura.

ANDRÉS. Que ciertas familias lloran amargamente haberle recibido en su aprecio y en su intimidad.....

BARÓN. Paréceme, Andres, que no es Ud. muy amigo del Duque.....

ANDRÉS. Ni amigo, ni enemigo. Lo que he dicho lo dice todo el mundo.

BARÓN. ¡Todo el mundo! Es decir, la colectividad, lo impalpable, lo abstracto, nadie. La verdad es, que desde que el Duque me honra con su amistad, y hace ya quince años, su conducta en mi casa, y para conmigo, ha sido siempre irreprochable.

ANDRÉS. ¡Ah! es que con Ud.....

BARÓN. Conmigo, como con otro cualquiera. Yo, á pesar de mi prevención y de mi suspicacia, he sido también víctima de estafadores y de malvados. ¿Quién está libre de sus asechanzas?

ANDRÉS. No iba yo tan lejos al ocuparme del Duque.

BARÓN. Y hacía Ud. muy bién. ¡Quince años! Vivíamos entonces en provincia, y allá fué el Duque, joven, casi un niño, á recobrar una salud quebrantada quizá por tempranas disipaciones. Amigos de esta Corte diéronle para mí cartas de crédito y recomendación. Le abrí mi casa y mi caja, y con ambas fué tan comedido como discreto. Lo recuerdo perfectamente, porque en aquel tiempo, vino á herirme una gran desgracia, cuando menos la esperaba.

ANDRÉS. Murió su esposa de Ud.....

BARÓN. (Después de una pausa, con cierto recelo, y como observando á Andrés). Murió.... sí, dejando á mi hija huérfana, huérfana mi casa, y á mí herido en el alma con una de esas heridas que no cicatrizan nunca, que siempre sangran estimuladas por el recuerdo. (Momento de pausa, durante el cual Andrés no se atreve á hablar, como respetando el dolor que en el Barón han hecho nacer sus mismas palabras). Marchó entonces el Duque al extranjero donde pasó algunos años; nos encontramos después aquí, hízose más íntima nuestra amistad, y á su sombra, en el Duque nació su amor por Inés, y en mí el deseo de que esta unión se realice, porque ella asegurará la felicidad de mi hija.

ANDRÉS. Y si no amara al hombre á quien Ud. quiere darla

BARÓN. Basta con que lo estime y lo respete. El amor ardiente que se desborda en olas tumultuosas de pasión, desaparece con el último rayo de la luna de miel, dejando casi siempre, á los sentidos, el cansancio; al alma el hastío, y con frecuencia el desencanto

ANDRÉS. Ud., sin embargo, tengo entendido que se casó por amor.

BARÓN. Es verdad; pero razón de más para que me aproveche de la experiencia. (Variando de tono). ¿Vió usted por fin á la Marquesa?

ANDRÉS. Ah!, sí señor: díjome que su recomendada llegaría hoy mismo de París y vendría inmediatamente á ponerse á las órdenes de la señorita Inés, y empezar sus tareas.

BARÓN. ¿Y responde sin reserva alguna de esa señora?

ANDRÉS. Sin reserva. Está recomendada á la Marquesa por una persona respetable, por el cura de la Magdalena de París. Parece que esta Señora ha ocupado una excelente posición en el mundo: desgracias de familia dejáronla sola y sin recursos en aquella inmensa ciudad, y lo que es más grave, atacada de una ligera perturbación mental, inofensiva y melancólica. Á consecuencia de ello ha pasado doce ó catorce años en una casa de salud, donde el reposo y la ciencia consiguieron en ella uno de sus más hermosos triunfos. Hoy viene á Madrid, á solicitar un puesto, que, no por ser de confianza, deja de imprimir cierto caracter de servidumbre.

ARÓN. Esas son las verdaderas luchas de la vida. Ya procuraremos dulcificar las penas de esa desgraciada, rodeándola de los cuidados que exija su situación. Inés, aunque niña, se pinta sola para estas cosas.

NDRÉS. Es que posee el secreto de hacer el bien.

ARÓN. ¡Y cómo sabe adivinar y descubrir la desgracía!

NDRES. ¡Y con qué poderosa intuición encuentra siempre el acto que fortifica, la palabra que consuela!

ARÓN. Viéndola llevar á sus pobres el pan del cuerpo y el del alma, es como he comprendido la verdadera caridad.

NDRÉS. La practica como deben practicarla los ángeles.

ARÓN. Por eso todos la bendicen.....

NDRÉS. Todos la adoran.....

ARÓN. Es un ángel, Andrés, es un angel.

ESCENA II.

DICHOS é INÉS.

INÉS. (Saliendo por la 1.ª puerta de la izquierda, oyendo las últimas palabras de su padre.)
¿De quién hablas papá?

BARÓN. No es de tí, mala cabeza. ¿De dónde vienes?

INÉS. De visitar á una familia muy desgraciada. ¡Qué horrible cuadro de escasez y de dolores! ¿Y hay quien puede vivir así?

BARÓN. Ya lo ves, como ves también, que, por más que esas miserias aparezcan como olvidadas por la sociedad, Dios enciende en los corazones como el tuyo el fuego de la caridad, para que á su calor vivan y esperen.

INÉS. (A Andrés). ¿Ve Ud. Andrés, cómo mi padre me lisonjea y adula? (Al Barón). Algo quieres de mí.

ANDRÉS. El Sr. Barón dice la verdad, señorita.

INÉS. ¿Ud. también?

BARÓN. ¿Y cómo no? ¡Eres tan aficionada á representar el papel de la Providencia!

INÉS. Pero dime, padre mio, ¿no soy rica? Es decir, ¿no lo eres tú? ¿No satisfaces todos mis antojos? ¿No tengo mucho más de lo que necesito? ¿Qué cosa más natural, que llevar un poco de eso que me sobra, allí donde la desnudez, el frio y el hambre, dejan sentir su impaciencia y su desesperación, y ver trocarse una y otra en lágrimas dulcísimas de gratitud y reconocimiento?—Pero Uds los hombres, no conocen estas delicadezas de la caridad.

BARÓN. Yo también socorro muchas necesidades, ya lo sabes.

INES. Sí, por medio de la beneficencia pública.

BARÓN. No tengo tiempo para otra cosa.

INÉS. ¡Quita allá, papá! Eso no es limosna.

BARÓN. ¿Cómo que no es limosna, muchacha?

INÉS. Que no es,..... el porqué..... no puedo decírtelo: pero yo lo siento así.

ANDRÉS. La señorita lleva razón; la limosna oficial, la limosna pública, tiene algo de brutal: es fria como un hecho: socorre, pero no consuela. Y el pobre, el verdadero pobre, porque es preciso distinguir esto muy bién, tiene necesidad, más que del objeto material que ha de satisfacer su hambre ó cubrir su desnudez, de una palabra que lo fortifique, de una sonrisa que ilumine la oscuridad de su miseria, y disipe, aunque no sea más que por un momento, la niebla glacial de que le rodea la indiferencia, ó el egoismo de sus semejantes.

INES. Eso era precisamente lo que yo quería decir.

BARÓN. Bah! Uno y otro sois dos soñadores sin pizca de juicio. ¡Bonito andaría el mundo si estuviera arreglado por vosotros! (Cambiando de tono y dirigiéndose á Andrés). ¿Tiene Ud. puestos en limpio y ultimados los documentos que han de servir para la Junta de esta noche?

ANDRES. Todos: memoria, informes, cuentas: á primera vista se determina claramente el estado de la Sociedad.

BARÓN. Pues hasta luego, Andrés.

ANDRES. Hasta luego.—Señorita?.... (Saludando á Inés. Esta al pasar le dice rápidamente y sin que su padre se aperciba de ello).

INES. No deje Ud. de venir después: tenemos que hablar.

(Vase Andrés, puerta derecha).

ESCENA III.

EL BARÓN, INES.

BARÓN. (Bajando desde el 2.° término á donde está Inés, y llevándola al confidente donde se sientan).

Ahora nos toca á los dos. Vamos á hablar con un poco de formalidad.

INES. ¡Cuando yo afirmaba que algo querías de mí!

BARÓN. Dí mas bien para tí.

INES. ¿Para mí?

BARÓN. Sí; quiero darte la felicidad.

INES. Más aun? ¿No soy completamente feliz?

BARÓN. Ante todo, debo decirte, que la señora que va á reemplazar cerca de tí, á nuestra pobre difunta Antonia, llegará hoy mismo para empezar á ejercer sus envidiadas funciones.

INES. Ya lo sabía, y esta mañana dí las órdenes convenientes para recibirla.

La Marquesa me envió dos letras anunciándomelo.

BARÓN. ¿Y te ha dicho también qué circunstancias concurren en esa señora?

INES. Sé que es desgraciada.

BARÓN. Entonces.....

INES. No añadas nada, papá, basta ese motivo para que, aun antes de conocerla, me inspire ya simpatías é interés.

BARÓN. Eres un ángel, y estoy orgulloso de tí. Sé que la colmarás de cuidados y atenciones. Desgraciadamente, para ella, no la necesitarás mucho tiempo.

INES. ¿Por qué?

BARÓN. Supongo que no habrás echado en olvido que ya tienes edad para casarte.

INES. ¡Papá.....!

BARÓN. ¿Por qué te ruborizas? Es muy natural.....

INES. ¡Pero si yo no.....

BARÓN. Y supongo también, que no habrás olvidado quién es el hombre capaz de hacerte tan feliz como yo deseo.

INES. No me he ocupado de semejante cosa.

BARÓN. Has hecho mal. El Duque insistió en sus pretensiones antes de salir para Zaragoza: ha vuelto hoy, y vendrá á buscar una respuesta que yo había aplazado hasta ahora.

INES. ¿Pero por qué tienes ese empeño en alejarme de tu lado? ¿En privarme de mi libertad?

BARON. ¿Supones tal cosa? ¿Yo alejarte de mi lado? Conoce, hija mia, que un padre tiene deberes, que no por dolorosos, se ve menos en la necesidad de cumplir.

INES. Pero el Duque.....

BARON. Hará un marido modelo.

INES. Su edad.....

BARON. Garantiza tu felicidad y tu dicha.

INES. Es tan altivo.....

BARON. Condición de su nobleza.

INES. ¡Me mira á veces de un modo que me da miedo!....

BARÓN. ¡Qué tontería!

INES. Y luego ¿por qué quieres que me case? Vivimos así tan bién!

BARÓN. No aprecias en su justo valor el que esta boda tiene para tí. Piensa en que tu vida va á ser una serie continuada de triunfos y de placeres. El mundo te abre sus puertas, la moda te ofrece sus galas, sus goces el lujo, su respeto y su culto la sociedad, en la que reinarás con la triple soberanía de la riqueza, de la elegancia y de la hermosura.

INES. ¡Ay papá, si vieras qué poco me deslumbran esos placeres!

BARON. Son los que ambicionan todas las jóvenes.

INES. Así será, no te lo niego; pero lo que yo ambiciono, es reinar como soberana, sí, pero por este, (señalándose al corazón) por el sentimiento, por el amor. ¡Y es tan poco el que me inspira tu protegido!.....

BARON. El amor nace y crece con la mútua estimación.

INES. Afirmas de tal modo que será preciso creerte; pero yo tengo aprendido otra cosa.

BARON. Charlatanerías de colegio.

INES. Quizá; pero ¿es posible decirle al corazón «ama», y que este obedezca?

BARON. ¿Sabes que no sospechaba en tí esas sutilezas?

INES. Es que defiendo ante tí, hoy, mi libertad de niña; mañana mi porvenir, mi felicidad de mujer. ¡Qué quieres! Ante tu empeño, necesito ser fuerte, porque me falta cerca de tí, cerca de tu corazón, el abogado elocuente que ganaría todas mis causas. ¡La madre bendita de mi alma!

BARON. Ella, como yo, te aconsejaría esa boda.

INES. ¡Déjame la ilusión de dudarlo!

BARON. Ella, como yo, te diría: «cásate con el Duque, no rechaces tu felicidad!...»

INES. Pero en fin, déjame tiempo.....

BARON. (Levantándose). No es posible: hace un año me dice lo mismo, y ya estoy resuelto á que esto termine. Luego vendrá tu prometido... (al observar un movimiento de Inés), tu prometido, sí, no seas niña, y tras de mi respuesta definitiva, la boda no se hará esperar. ¿Estamos conformes, eh?

INES. ¡Ah, padre mio!.... (Con aflicción).

BARON. No me obligues á decirte, «¡lo quiero!»... (Vase derecha primer término).

ESCENA IV.

INES. (Muda y asombrada por lo que su padre acaba de decirla, y contemplando por un momento la puerta por donde aquel ha salido.)

«¡Lo quiero!.....» «Lo quiero!.....» ¡Qué efecto me han producido esas palabras que nunca me había dicho hasta ahora!.....! ¡Por primera vez me hace temblar el mandato de mi padre! ¡Por primera vez parece que contra él se rebela mi corazón!..... ¿Qué es esto, Dios mio? ¿Qué pensamientos se agolpan á mi frente? Qué desaliento profundo hiela y paraliza mi ser? No, no; es imposible..... mi padre no puede querer esto que tanto horror me causa, esto que tanta angustia me produce, esto que parece que desgarra todas las fibras de mi corazón! ¿Llegará mi padre hasta la violencia?..... (Viendo á Andrés que aparece en la puerta de la derecha). ¡Ah! Andrés, venga Ud., venga Ud. á decirme que no son verdad, que no pueden ser verdad, estas extrañas ideas que van á volverme loca.

ESCENA V.

DICHA y ANDRÉS.

NDRÉS. (Avanzando al proscenio.) ¿Habló con Ud. su padre?

NES. Ojalá no me hubiera hablado!

NDRÉS. ¿Díjole á Ud. que el Duque.....

IES. No pronuncie Ud. ese nombre que me llena de espanto.

NDRES. Y sin embargo, es el que está destinado para Ud.

ÉS. No haga Ud. más grande mi pena.

NDRES. Cómo, si daría toda mi sangre por ahorrarle una lágrima!

INÉS. Mi padre ha pronunciado su última palabra.

ANDRÉS. Tambien á mí hace un instante me desgarró el pecho con agudísimo puñal de dolor.

INÉS. Dijo á Ud.....

ANDRÉS. Que estaba resuelto ese odioso casamiento: que va Ud. á ser Duquesa del Valle; que la nobleza de hoy va á consagrarse enlazándose á la de ayer y que será Ud. muy feliz en la nueva existencia que le aguarda. (Viendo que Inés llora.) Ah Inés, no se aflija Ud., no llore, si no quiere privarme del poco valor que me queda.

INES. ¿Pero no habrá medio de impedir mi eterna desdicha?

ANDRÉS. Si no fuese Ud. rica.....

INÉS. Haga Ud. como si no lo fuera.

ANDRÉS. Imposible!

INÉS. ¡Y dice Ud. que me ama!.....

ANDRÉS. Con el culto ardiente, pero respetuoso y tierno á la vez, con que guardo en el fondo de mi alma la santa memoria de mi madre!

INÉS. Pero en fin, ¿qué piensa Ud? ¿Qué me aconseja que haga?

ANDRÉS. No lo se: atropéllanse en mi cabeza los pensamientos, y solo brota de este batallar confuso la idea de que voy á perderla á Ud.

INÉS. ¿Y así me abandonará á mis propias fuerzas?

ANDRÉS. Odieme Ud., aborrézcame, soy un miserable que ni aun puedo confesar ante el mundo; que ni aun puedo disputarle el amor que llena, que llenará siempre mi vida, como único recuerdo de ventura y de felicidad.

INES. Hable á Ud. á mi padre, defienda ante él con elocuencia nuestra causa, y quizá.....

ANDRÉS. Ignora Ud. sin duda, cómo considera su padre e

casamiento que para Ud. desea. Además, ¿qué soy yo en esta casa? Algo más que un criado; algo menos que un amigo. No dan posición social las nobles aspiraciones del alma, y basta la pobreza para que se sospeche que su amor es codicia disfrazada, tras la cual se ocultan ruines concupiscencias.

INES. ¿Quién se atrevería á sospechar?.....

ANDRÉS. Todo el mundo: su padre de Ud. el primero.

INES. Mi padre hace á Ud. justicia: le estima y considera.

ANDRÉS. En tanto que soy la máquina de trabajo encorvada sobre sus libros de caja.

INES. Es Ud. el hombre de su confianza.

ANDRÉS. Mayor motivo para evitar que sospeche que he osado levantar mis ojos hasta Ud.

INES. ¡Oh Dios mio, Dios mio!

ANDRÉS. ¿Puedo contar con Ud. sin que el tiempo, ni la distancia, ni la ausencia, la hagan vacilar en sus resoluciones?

INES. Completamente.

ANDRÉS. Pues bien, consiga Vd. de su padre que ese matrimonio se aplace, y espéreme Ud. un año, dos, tres, si fuera preciso. América ofrece sus inagotables recursos á la fe inquebrantable, á la inteligencia y al trabajo. Allá iré llevando en el fondo del alma el precioso talismán que realiza los más grandes milagros, el amor, y con él la victoria será mía. Yo sabré arrancar á aquella tierra una parte de sus ocultos tesoros, la bastante para que, á cambio de ella, me conceda su padre de Ud. el mayor, el único que ambiciona mi alma.

NES. Eso es una locura.

NDRÉS. Ninguna más grande que la de perder á Ud.

NÉS. ¿Y tendrá Ud. valor para abandonarme?

NDRES. Mayor lo necesito para ver á Ud. en brazos de otro.

INES. Tengamos calma: aguardemos los acontecimientos.

CRIADO. (Anunciando desde el foro.) El Sr. Duque del Valle.

ANDRÉS. (Bajo á Inés.) Vea Ud. como no se hacen esperar.

INES. Pues bien, tendré valor; pero no se vaya Ud., no quiero que parta Ud.

ANDRÉS. (Al criado.) Que pase el Sr. Duque.

INES. No puedo soportar la vista de ese hombre. (Haciendo ademán de retirarse.)

ANDRÉS. Yo lo recibiré; pero entre tanto.....

INES. Esta noche hablaremos: á las ocho estaré en el jardín, hacia el pabellón de mis habitaciones. (Vase precipitadamente por la puerta de la izquierda.)

ESCENA VI.

ANDRÉS que ha seguido á Inés, hasta que esta desaparece por la puerta de la izquierda, y al volver se encuentra con el Duque que entra por el foro.

DUQUE. (Viendo á Andrés.) ¡El Sr. Montaño! ¡Cuánto me alegro de ver á Ud.! (Andrés saluda ligeramente con la cabeza.) ¿Y cómo ha ido durante mi ausencia?

ANDRÉS. Perfectamente.

DUQUE. ¿Y el Barón? ¿Y la señorita Inés?

ANDRÉS. El Barón esperaba á Ud. desde esta mañana.

DUQUE. ¿Recibió mi carta según eso?

ANDRÉS. Sí señor; y si Ud. me lo permite, voy á darle cuenta de su llegada.

DUQUE. Vaya Ud., amigo mio, que ya estoy impaciente por estrecharle la mano. (Andrés vuelve á saludar ligeramente y sale por la puerta de la derecha. Inmediatamente que Andrés desaparece, el Duque se dirige rápidamente al balcón, y mira por él con cierto recelo.)

ESCENA VII.

El Duque mirando por el balcón.

¿Será cierto ó es ilusión de mis sentidos? ¡Ella..... y cerca de esta casa? Pero no, es imposible, no puede ser....., no quiero yo que sea. Tiene á veces la casualidad caprichos inexplicables, y la presencia de esa mujer aquí, en estos momentos, destruiría planes bien laboriosamente formados. (Vuelve á mirar por el balcón.) A nadie veo..... el patio está desierto..... solo Antonio..... si me atreviera..... (Mirando con recelo al interior de las habitaciones: rápidamenie vuelve al balcón, y habla un momento como la frase lo indica con alguien que figura estar en el patio de la casa.) Antonio, Antonio..... ha visto Ud. entrar á una señora enlutada?..,.. ¿No?.... está bien. (Vuelve al proscenio.) Me alarmo sin motivo. ¡Qué impertinente es á veces la memoria..... por no decir la conciencia!

ESCENA VIII.

El Duque y el Baron por la puerta de la derecha.

Baron. Amigo mio!

Duque. Oh! Barón!.....

Baron. ¡Cuánto es mi gusto al tenerle á Ud. de vuelta en Madrid! (Estrechándole las manos.)

Duque. ¿Cómo está Inés?

Baron. Perfect mente: cada dia que pasa le presta un nuevo atractivo. La crisálida se convierte en mariposa.

Duque. De modo.... que puedo esperar al fin.....

Barón. Mi palabra está dada, y Ud. me conoce bien, amigo

mío. Cuando me hizo su petición hace un año, Inés era una niña; y aunque mucho me lisonjeaba este matrimonio, que ha de estrechar más los lazos que nos unen, pedí á Ud. este plazo, ya por la poca edad de mi hija, ya para que Ud. pudiera conocer bien la clase de sentimiento que le llevaba á solicitar este enlace, ya sobre todo, porque abrigaba la esperanza de que en ese tiempo podría aclarar un hecho misterioso, un triste secreto que pesa sobre mi alma, convirtiendo mi vida en un largo calvario de amargura.

DUQUE. ¡Ud. tiene dolores y pesares!....

BARÓN. De ellos hablaré á Ud. en estos momentos solemnes, puesto que la honra, la respetabilidad y el porvenir de mi casa, van á ser la honra, la respetabilidad y el porvenir de Ud. (se sientan).

DUQUE, (Ya está aquí lo que temía). Ignoro á qué pueden aludir esas reticencias; pero le aseguro, que conociendo como conozco, su probidad y su honradez, solo alcanzan sus palabras á excitar mi curiosidad.

BARÓN. Esa probidad de que Ud. habla, me impone el deber, cuando va Ud. á enlazarse con mi hija, de darle cuenta de sucesos que, si hasta hoy he podido guardar en el más profundo secreto, mañana podrían hacerse públicos, y Ud. entonces reconvenirme por mi silencio.

DUQUE. ¿Tan grave es lo que Ud. me anuncia?

BARÓN. Tan grave, amigo mio, que puede hasta modificar la aspiración de Ud. á la mano de mi hija.

DUQUE. Nada podrá alterar mi amor por Inés, ni mis aspiraciones á su mano.

BARÓN. Va Ud. á conocer hechos que tuvieron lugar precisamente cuando visitó por primera vez mi casa en provincia, y que aun coincidieron con su partida al extranjero. (En el Duque desde este momento, se nota algu

na intranquilidad que se esfuerza por reprimir, y sobre todo un gran interés por lo que le dice el Barón). Allí conoció usted á mi mujer, joven, mucho más joven que yo, y con quien me había unido enamorado como un loco, como solo se enamoran los hombres de cuarenta años, cuando han vivido hasta entonces entregados absolutamente á los negocios, sin sospechar siquiera la existencia del amor. Breve y feliz fué mi vida en los primeros meses de matrimonio, felicidad que parecía asegurada con el nacimiento de Inés; pero desgraciadamente, no tardaron en dibujarse y tomar cuerpo, entre mi mujer y yo, tales diferencias de carácter, que el placer, la tranquilidad, la confianza huyeron para siempre de entre nosotros, convirtiendo mi antes sosegado y plácido hogar, en un infierno de recelos, de odios y de recriminaciones. ¿De quién era la culpa? No lo sé: muchas veces he creido que de mi carácter, un tanto brusco y áspero, más dado á la grave seriedad de los negocios, que á la fútil ligereza de mugeriles entretenimientos; pero es lo cierto que aquella vida se hacía intolerable para ambos, que mi mujer se entregaba cada vez más á sus extravios, alimentados por lecturas mal sanas y novelas inverosímiles y que yo no podía de modo alguno acceder á caprichos que hubieran destruido la hacienda de mi hija y arruinado mi casa, sin poner fin á la violenta situación que entre nosotros se había creado.

DUQUE. *Y entonces.....

BARÓN. *Precisamente por la época en que Ud. nos visitó, *acentuáronse más las diferencias, que nos separaban.

DUQUE. *Y sin embargo, nada advertí, nada me hizo sos- *pechar.....

BARON. *Era que mi dignidad me hacía discreto y prudente *hasta el martirio, que mi amor, no extinguido, con

*servaba aun la esperanza de recobrar el de aquella *mujer que yo conceptuaba extraviada, obcecada, no *perdida, y habría dado mi sangre, porque ni aun se *sospechara que era odiado por la que llevaba mi nom-*bre, y en cuyo seno se habia engendrado la hija de *mi corazón. (Observando el creciente malestar del Duque). *Pero está Ud. pálido, amigo mio; le molesto quizá.....

DUQUE. Al contrario: me interesa mucho esta confidencia, que si impresiona mi ánimo, excita poderosamente mi curiosidad. Prosiga Ud.: ya estoy tranquilo.

BARON. Algunos dias después de la marcha de Ud., y tras una de aquellas borrascosas discusiones en que por parte de mi mujer se agotaba todo el vocabulario de la ira, y por la mía todos los recursos de la paciencia, vino á herirme el rayo de la manera que menos esperaba. Mi mujer....—aun después de quince años el relato de este hecho se niega á salir de mis labios,—mi mujer, huyó, abandonó á su hija, con el fútil pretexto de que yo, hombre de negocios, positivo y material, no había comprendido, ni podría comprender nunca las elevadas aspiraciones de un alma como la suya;—así lo decía en una carta que dejó para que me se entregase; pero tras de cuyas frases adiviné que aquella desgraciada era víctima de las seducciones de un hombre, con el que había huido, á semejanza de las heroinas de sus extravagantes novelas, buscando, ciega, una felicidad que dejaba sentada á la cabecera de su lecho de esposa, en el honrado hogar de su marido, templo consagrado por la presencia de su hija, de esa niña, á quien legaba una existencia de lágrimas, de vergüenza y de humillación

DUQUE. Y Ud. entonces.....

BARON. Cuando pasaron los primeros desvanecimientos del estupor que en mí produjo ingratitud tan infame

cuando mi cabeza pudo pensar y mi corazón sentir, ruda fué la batalla que en mi conciencia sostuve, larga y tremenda la lucha; pero al contemplar á mi hija, que ya no tenía madre, comprendí, que antes que una venganza estéril, que antes que mi amor propio lastimado y herido, estaban la tranquilidad, la inocencia, la honra y el porvenir de aquella niña, sobre cuya frente, pura de toda mancha, descargaría el mundo sus tempestades, y entonces, encerrando dentro de mi pecho cuantas pasiones le daban tortura, vestí exteriormente el luto que llevaba mi alma, trasladé mi casa á Madrid, y he educado á mi hija en la creencia de que su madre murió muy joven, venerando y respetando su memoria.

DUQUE. De modo que para Inés.....

BARON. Hace quince años que murió su madre.

DUQUE. Pero y si su esposa de Ud. se presentara algún dia en esta casa reclamando unos derechos que de consuno le dan aun la ley y la naturaleza?

BARÓN. No vendrá: conozco bien aquel carácter soberbio y caprichoso: además, pocos sospechan hoy que el banquero de Madrid Barón de la Constancia, es el anantiguo banquero provinciano Juan González; mas si tuviera la loca audacia de presentarse á reclamar derechos á que renunció al abandonar á su hija, la haría arrojar de esta casa como una impostora, que pretendía usurpar un puesto debido solo á la fidelidad y á la virtud.

DUQUE. Pero contra las decisiones de Ud. puede pedir protección á los tribunales.

BARÓN. No busca el crimen el amparo de la Justicia. Por otra parte, en los quince años transcurridos, no he perdonado medio para adquirir noticias suyas, y ni el más pequeño vestigio he encontrado, ni en España ni

en el extranjero. ¿Quién sabe si una muerte oscura é ignorada ha puesto fin á esa desdichada historia?

DUQUE. Por duras que sean las pruebas que el porvenir nos reserve, seremos dos á sufrirlas, como seremos dos á luchar con ellas. (Levantándose y estrechándole la mano con efusión.)

BARON. Gracias, amigo mio, gracias.....

CRIADO. (Anunciando desde el foro.) Una señora, que trae esta tarjeta, desea ver al señor ó á la señorita.

BARON. Deme Ud. (El criado entra trayendo la tarjeta en una pequeña bandeja de plata. El Barón la coge, la lee rápidamente, y dice dirigiéndose al Duque.) Ah! sí: de la Marquesa: es la señora que viene á ocupar cerca de Inés el lugar de la pobre Antonia. (Al criado.) Hágale Ud. entrar, y avise á la señorita. (Al Duque.) ¿Quiere Ud. venir, amigo mío? Voy á dar algunas órdenes á Andrés, y acompañaré á Ud. después hasta el Congreso.

DUQUE. Vamos donde Ud. guste. (Sale por la puerta derecha.)

ESCENA IX.

MAGDALENA y el CRIADO (por el foro.)

(Magdalena viene pobre y modestamente vestida de negro; pero con cierto aire de distinción y de elegancia. Un largo velo parecido al manto de duelo que usan las señoras, la envuelve casi todo el cuerpo. Desde su salida debe demostrar el cansancio y la debilidad propias de la persona que padece una lesión orgánica que la mata lentamente. Debe también demostrarse la confusión y la violencia de la persona que ha tenido una brillante posición en el mundo, y se ve obligada á entrar en una casa donde va á ocupar un puesto mercenario.)

CRIADO. Pase Ud. señora, y descanse aquí mientras la anuncio á la señorita.

MAGD.ª ¿El Sr. Barón no está?

CRIADO. Hace un momento ha ido á su despacho. ¡Como

es hombre de tantos negocios! Pero ya le verá usted después.

MAGD.ª Bien, bien: tenga Ud. la bondad de anunciarme.

CRIADO. Voy al momento. (Sale por la puerta de la izquierda.)

ESCENA X.

MAGDALENA.

¡Las palabras de este hombre, hielan la sangre en mis venas!..... Dios mio, toma en cuenta esta nueva amargura que padezco, en el largo calvario de soledad y de dolor que voy recorriendo! Dame valor para domar mi antigua soberbia que ante la idea de la servidumbre se rebela, y restaura mis fuerzas agotadas; sostenme hasta que llegue el momento en que pueda encontrar á mi hija, y estrecharla entre mis brazos y purificarme en su inocencia, y beber en sus ojos luz de esperanza y de perdón..... y máteme después esto (oprimiéndose el corazón con las manos) que aquí me oprime como si enorme montaña pesara sobre mi pecho.

(En este momento se oye la voz del Barón cerca de la puerta de la derecha, como si diera algunas órdenes á un criado.)

BARON. (Dentro). A las tres lleve Ud. esa cartera á la Bolsa.

MAGD.ª (Rápida transición: profundo terror y espanto: respiración anhelosa y entrecortada).

Ah!..... esa voz.... no, no puede ser..... estoy perdida!..... (Al ver aparecer en la puerta de la derecha al Baron y al Duque, quiere huir; pero las fuerzas le faltan y vacilante se vuelve de espaldas envolviéndose y ocultándose con el velo).

ESCENA XI.

MAGDALENA, el DUQUE, el BARON.

DUQUE. (Al entrar es el primero que se apercibe de la presencia de Magdalena). (Aparte). Mi presentimiento!.....

BARÓN. (Ve entonces á Magdalena y dice al Duque á quien cree sorprendido por la presencia de una extraña). Es la señora que anunciaron hace un momento. (Dirigiéndose á ella). Ya sabemos por la Marquesa, señora.... (Al ver que Magdalena quiere alejarse y vacila extendiendo los brazos como si buscara algo en que sostenerse, se acerca á ella para prestarle auxilio y entonces la reconoce. Solo en su inspiración podrá encontrar el actor el grito supremo que le arranca este reconocimiento inesperado). ¡Magdalena!

MAGD.ª Perdón!

BARON. Aquí..... en esta casa.....

MAGD.ª No sabía..... (Vacilante: va á caer y el Barón la sostiene-)

CRIADO. (Saliendo por la izquierda y quedándose en segundo término contemplando esta escena.) La señorita Inés.

MAGD.ª (En los brazos del Barón medio desfallecida, dice de un modo que solo pueda oirla su marido.)

¡Mi hija!

BARÓN. ¡Silencio!..... Lo quiero! La menor palabra, el menor gesto causaría su muerte! (En el mismo tono.)

MAGD.ª ¡Oh desdichada!.....

ESCENA XII.

DICHOS é INES.

INES. (Sorprendida al ver el casi desvanecimiento de Magdalena que la devora con los ojos.) ¿Qué es eso? ¿Se ha puesto Ud. mala?

BARON. Nada, no es nada; un vértigo pasagero.

INÉS. (Dirigiéndose á ella y sosteniéndola cariñosamente entre sus brazos.) ¡Ah pobre señora!

DUQUE. (Aparte con sarcarmo reconcentrado.) ¿Hay Providencia?

Telón rápido.

ACTO SEGUNDO.

ardín en el palacio del Barón de la Constancia. A derecha é izquierda, primer término, dos pabellones practicables á los que se sube por una grada de dos ó tres escalones, adornada por una elegante balaustrada que viene á concluir en el muro del cuerpo del edificio. Jarrones y estátuas. Algunos asientos rústicos aunque sencillos y elegantes: mucha frondosidad. Al fondo dos ó tres calles de árboles que parten de la escena. Se supone que una de estas calles va á terminar en la salida del palacio que por el mismo jardin, y atravesándolo, se comunica con las oficinas de banca, que para el efecto escénico se debe figurar que ocupan el pabellón de la izquierda. El de la derecha forma parte de las habitaciones de Inés. Empieza á oscurecer.

ESCENA I.

El Duque, el Barón.

UQUE. Convengo con Ud., amigo mío, en que la situación es gravísima y que exige un tacto, una discreción y prudencia, quizá superiores á las que pueden dar las fuerzas humanas.

RÓN. Quince años ha estado amenazándome esta horrible tempestad; un instante ha bastado para que el rayo me hiera de muerte.

UQUE. Como el fuego al acero, estas rudas pruebas templan el alma, dándole fuerza para resistirlas y dominarlas.

RÓN. Desafía y resiste la mia todas las inclemencias del destino; pero tiembla por la hija de mi corazón.

DUQUE. También por ella siente y se contrista mi alma: porque ¿cómo decirle, mi amor te ha engañado; la madre que llorabas muerta vive y se encuentra á tu lado, sin que intente saber la causa de sus quince años de orfandad y de luto? Sin que pregunte á su madre ¿por qué me abandonaste? Sin que reconvenga á usted diciéndole ¿por qué me has negado sus caricias y su amor?

BARÓN. Prefiriría morir mil veces antes que de su boca escuchar tales preguntas.

DUQUE. Y, sin embargo, una mirada indiscreta, una imprudencia cualquiera, la sola intuición natural podría hacerlas nacer.

BARON. Es preciso que no suceda y yo lo evitaré á todo trance. La pureza inmaculada de Inés no admite ni sombra de mancha, y la sospecha más leve basta á oscurecerla. Como santa reliquia lleva en su alma la sagrada memoria de una madre, que el tiempo y la idea de la muerte idealizaron á sus ojos: ¿quién se atreverá á romper esa piadosa creencia? Si mi solicitud y mi amor quisieron ahorrarle lágrimas y amargura, hoy está obligada mi firmeza á impedir que nadie intente alzar el velo que oculta á los ojos de esa niña la espantosa realidad.

DUQUE. No siempre basta querer para alcanzar el fin deseado.

BARON. Cuando se ampara en la justicia es incontrastable la voluntad. Esa mujer saldrá de aquí inmediatamente, dentro de una hora, para ir á buscar, en la soledad de un claustro, asilo misterioso para su vergüenza, refugio para su arrepentimiento, santuario donde purificar su alma por medio de las lágrimas y de la oración.

DUQUE. Pero cuenta Ud. con su obediencia?

BARÓN. Cuento con mi derecho que sabré imponer aun á á la más rebelde naturaleza. La presencia de mi hija en aquel momento terrible me impidió hacer otra cosa que imponer silencio á esa mujer á todo trance. Además, para realizar mi plan, necesito antes contar con el sacrificio, con la adhesión de un amigo que en mi nombre tome una penosa misión que cumplir.

DUQUE. Sea cual fuere la misión de que se trata.....

BARON. No prosiga Ud.: no tengo que sincerarme: para ese delicado asunto solo he pensado en Ud.

DUQUE. Confianza obliga: solo falta que Ud. me indique qué debo hacer.

BARÓN. Esa mujer que, á pesar de todo, siempre será sagrada para mí, porque es la madre de mi hija, no puede presentarse sola en el lugar de asilo que le destino: necesita de alguien á cuyo amparo entre en la clausura, y facilite y allane los obstáculos que para ello puedan ofrecerse. Y como la existencia de esa mujer ha de quedar envuelta en el misterio más profundo, y como Ud. es la única persona en cuya discreción puedo descansar tranquilo, de Ud. espero ese favor tan señalado.

DUQUE. Dígame Ud. cuándo debemos partir, á dónde hemos de dirigirnos.

BARÓN. Voy á escribir las cartas que han de facilitar su misión de Ud. en Burgos, y desearía que la salida de Madrid fuera dentro de una ó dos horas. La presencia de esa desgraciada en esta casa me hace temblar.

DUQUE. Todo se hará como Ud. desea. Daré algunas órdenes y vuelvo aquí dentro de una hora.

BARÓN. Yo entre tanto le haré conocer mi voluntad y estará pronta para seguir á Ud. Hasta luego y déjeme usted estrechar la noble mano del hombre que con tan-

to desinterés por nosotros se sacrifica. (Dándole la mano.)

DUQUE. ¿No defendemos la misma causa? Vaya Ud. tranquilo y hasta luego.

BARÓN. Hasta luego pues. (Vase por el pabellón de la izquierda siguiéndole el Duque hasta las primeras gradas de la escalinata.)

ESCENA II.

EL DUQUE.

Juego el todo por el todo y he de triunfar en la partida. ¿Recelos? ¿Dudas? ¿Vacilaciones? Todo eso es indigno de mí. ¡Cómo se dobla mi audacia en la misma proporción que aumenta el peligro! Roto juzgué mi plan tan diestramente trazado, y cuando creí perdida la única esperanza, dichosa mi fortuna, árbitro me hace de la situación. Logre yo sacar á Magdalena y llevarla lejos de aquí: impida que en un momento de despecho rompa el misterio que envuelve esta sombría tragedia, y mia, entonces, Inés, volverá á levantarse y brillar mi grandeza que hoy se pierde en espantoso naufragio. (Viendo abrirse la puerta del pabellón de Inés, y descender al jardín á Inés y Magdalena). ¡Ah! ella. No perdamos tiempo ni lo fiemos todo á la casualidad. (Se aleja por una de las calles de árboles del fondo, desapareciendo por las últimas cajas de bastidores).

ESCENA III.

INÉS y MAGDALENA.

(Aquella sostiene á ésta que desciende apoyada en su brazo, triste y pensativa bajo el influjo de su enfermedad y de sus dolores).

INÉS. Respira Ud. mejor el aire libre y puro, ¿no es cierto?

MAGD.ª ¡Oh! sí: en esa habitación me ahogaba.

INÉS. (Descendiendo casi al primer término). Pues bién; apóyese Ud. en mí, descansaremos un momento, y estoy segura de que la atmósfera tibia y perfumada que nos rodea, calmará esa excitación nerviosa que la tiene tan intranquila. (Se sientan en uno de los bancos.)

MAGD.ª ¡Oh! gracias, gracias, señorita, por la afectuosa ternura que me demuestra.

INES. Es Ud. desgraciada; está Ud. enferma, ¿qué mayores estímulos para mi corazón?

MAGD.ª ¡Hace tanto tiempo que no escucho ese lenguaje!

INES. Por otra parte, su edad de Ud., y no sé qué de vago y misterioso que en su persona encuentro, me hacía pensar hace un instante, cuando prestaba á usted mi brazo para que en él se apoyase, que del mismo modo lo habría hecho con mi madre si no hubiese tenido la desgracia de perderla.

MAGD.ª ¿Hace mucho tiempo?

NÉS. Mucho, sí; era yo muy niña: tanto, que por más que hoy mi imaginación se esfuerza, no puedo recordar ni uno solo de los rasgos de su rostro: ni la mirada que tan profunda y tierna debe ser en una madre cuando contempla á su hija: ni su voz, ni ninguno de esos detalles que tanto recuerdan á la persona amada.

AGD.ª ¿Y no conserva Ud. ningún retrato suyo?

ÉS. No señora: cuando he preguntado á mi padre sobre esto, siempre me ha dicho, casi con lágrimas en los ojos, que por una singular coincidencia no tenía ninguno cuando la sorprendió la muerte.

GD.ª Y.... ¿ama Ud. mucho su recuerdo?

S. No es amor, es adoración, es un culto de todos los momentos el que tributa mi alma á la santa memoria de mi madre!

MAGD.ª ¡Oh! qué dichosa.... qué dichosa sería si pudiera oir á Ud.

INES. Y me oirá; no puede menos de oirme desde el cielo.

MAGD.ª Sí, sí, la oye á Ud., la escucha, y la bendice satisfecha.

INES. ¿Ud. lo cree? ¿Cree Ud., como yo, en esa santa comunión de los espíritus, aun despues de la muerte, aun á través de esa inmensa eternidad que los separa? Yo, señora, tengo á veces alucinaciones extrañas: cuando en la oscuridad de la noche dirijo mi vista hacia ese abismo sin fin donde brillan los astros, sin poder explicarme el motivo de tal preferencia, me fijo, ó más bien, atrae toda la atención de mi alma, una estrella de luz pálida y melancólica, aunque un poco temblorosa, como si de tiempo en tiempo la empañara una lágrima: y al sentir aquel rayo de luz que viniendo de lo desconocido acaricia mi frente, he creido más de una vez recibir en el alma el beso apasionado y tierno de los labios de mi madre.

MAGD.ª (En un trasporte que no es dueña de contener). ¡Oh, qué felicidad, Dios mio!

INÉS. (Que no comprende el verdadero valor de el trasporte de Magdalena.) Tanta, tanta, que después me ha bastado solo recordar tan extraño misterio, para sentir algo como un deslumbramiento, algo como un batir de alas, algo como el eco lejano de palabras desconocidas que conmueven profundamente mi ser con el peso de misteriosas sensaciones!

MAGD.ª Siga Ud., siga Ud., ¡halaga tan dulcemente la suave armonía de sus palabras! Yo también he sido madre, yo también he perdido para siempre una hija de quien Ud. es imágen exacta, y, cuando la escucho á Ud., paréceme que Dios. compadecido de mis sufri-

mientos, devuelve á mis brazos á la hija de mi corazón!

INÉS. Si eso fuera posible, si de Dios se alcanzara ese milagro ¡con qué fervor tan intenso le pediría que devolviera, á Ud. su hija adorada, á mí la madre que constantemente lloro!

MAGD.ª Porque el amor de una hija, ¡qué fresco rocío para el alma!

INES. Y el amor de una madre, ¡qué escudo contra las amarguras de la vida!

MAGD.ª ¿Ya las conoce Ud.?

INES. Libran, en mi pecho, reñida batalla pasiones y sentimientos tan contrarios; solicitan con tal imperio mi voluntad, que hacen de mi vida un martirio desesperado y angustioso.

MAGD.ª No comprendo á Ud.

INES. Quiere mi padre casarme con un hombre hacia el cual solo siente mi alma miedo y repulsión.

MAGD.ª Y ese hombre.....

INES. Es rico, de ilustre cuna, de estirpe elevada; pero desde que pude darme cuenta de mis sensaciones, desde que, niña aún, le veía venir con frecuencia á visitar á mi padre, invencible repulsión me alejaba de él, impresionándome tristemente las caricias que me prodigaba.

MAGD.ª Según eso no es jóven.....

INES. Podría muy bien ser mi padre.

MAGD.ª Y qué razones aconsejan esa boda?

INES. Cree mi padre hacerme feliz casándome con un hombre rico, y que lleva además uno de los primeros títulos de nuestra nobleza.

MAGD.ª Pero Ud. no necesita ni título ni riqueza.

INES. Deslumbra á mi padre la posición de que en la alta sociedad goza el Duque del Valle.

MAGD.ª (Sorprendida y aterrada.) ¡El Duque del Valle!

INES. ¿Le conoce Ud?

MAGD.ª (Agitada y profundamente conmovida.) ¡Providencia divina! (Procurando dominar la emoción que la agita.) Esa boda no debe, no puede hacerse

INES. ¿Verdad que no?

MAGD.ª Ese hombre es dos veces mayor que Ud.

INES. Eso digo á mi padre.

MAGD.ª No puede amar á Ud.

INES. ¡Ah! Ud. sabe....

MAGD.ª Es el solo hombre á quien está prohibido aspirar á su mano.

INES. En nombre del cielo, señora, hable Ud., hable Ud...

MAGD.ª No puedo, no puedo; pero sí le aseguro que es preciso, necesario que yo vea á su padre de Ud.

INES. Dios sin duda ha traido á Ud. á esta casa.

MAGD.ª Facilíteme Ud. una entrevista con su padre; ese enlace no puede realizarse.

INES. ¿Pero cómo podrá Ud. impedir?....

MAGD.ª Es mi secreto: hable yo con su padre de Ud. y el matrimonio no se verificará.

INES. ¡Oh! ¡Cuánta será mi gratitud! ¡Si parece un sueño que pueda Ud. salvarnos!

MAGD.ª ¡Salvarnos! (Con extrañeza.)

INES. Es decir.... yo....

MAGD.ª Esa turbación.... baja Ud. los ojos.... vacila.... hija mia,—permítame Ud. que le dé este nombre, aunque no sea más que por esta vez; á ello me autorizan mi edad, mis sufrimientos, mi carácter de madre sin hija.... el interés vivísimo que Ud. me inspira....—hija mia... Ud. ama...

INES. Es verdad....

MAGD.ª ¿Y su padre de Ud. sabe?...

INES. Lo ignora completamente.

MAGD.ª ¿Le ve Ud. con frecuencia?

INES. Vive en esta casa.

MAGD.ª ¿Aquí?

INÉS. Es la persona que mi padre tiene al frente de sus negocios.

MAGD.ª Y ese amor.....

INÉS. Nació no sé como, insensiblemente, sin conocerlo. Yo contemplaba con frecuencia su noble y franca fisonomía, su aspecto severo y reposado, siempre absorto en el trabajo, leal y adicto á mi padre, y pronto me sentí atraida hacia él por una irresistible simpatía. Una noche en que habíamos quedado solos en el salón mi padre, él y yo, me senté al piano y toqué una de esas tristísimas melodías de Schubert que parecen inspiradas por las dulces melancolías del amor, y al terminar, vi, en el espejo colocado enfrente de mí, una mirada fija, intensa, profunda, melancólica: ojos que parecían envolverme en un rayo de ternura y de muda y respetuosa adoración, y de los cuales se escapaba una lágrima. Aquella mirada por mí sorprendida fué una completa revelación; comprendí toda la intensidad de un afecto que se alimentaba solo del silencio y del misterio, y supe hasta qué grado se interesaba en él mi corazón. Así han pasado dos años, casi sin hablarnos, bastando para entendernos con una mirada, y satisfechos con la posesión de un amor tanto más grande cuanto mayor ha sido el misterio en que ha vivido envuelto. Ahora, señora, ¿qué debo esperar? Puesto que ya sabe Ud. mi secreto ¿cuál es el suyo?

MAGD.ª No puedo decir á Ud. más de lo que le he dicho: ruegue á su padre que me escuche un solo momento.

INES. Sea cualquiera la causa de que Ud., ayer desconocida para nosotros, se encuentre ligada de tal modo

á mi existencia, voy á dar á conocer á mi padre su deseo de Ud.

MAGD.ª Vaya Ud., vaya Ud., hija mía, que no en vano la Providencia me ha traido hasta aquí cuando menos lo esperaba.

(Inés se dirige al pabellón de sus habitaciones: Magdalena la sigue con la vista con gran ansiedad hasta que desaparece: una gran postración la sobrecoge cuando se queda sola).

ESCENA IV.

MAGDALENA.

(Se rehace inmediatamente y dirigiéndose al punto por donde salió Inés y á media voz empieza la escena como si temiera que la escucharan. La manera de sentir los distintos afectos que en esta y las siguientes escenas han de demostrarse, solo en su inspiración puede encontrarla la actriz. No se olvide nunca que este personaje está herido de muerte por una enfermedad de corazón.)

Hija.... Hija!.... Hija mia!.... Si ya no puedo contenerme, si se me escapan del pecho las palabras, si mis brazos se abren para recibirla y estrecharla, si mis labios palpitan trémulos por beber en un beso suyo toda la ternura y la inocencia de su alma: si mi corazón se rompe en pedazos por no poderle decir, soy tu madre, ven a mí, ámame, purifícame con el bautismo de tu amor!

¡Qué horrible cosa es el crimen! En red impalpable de males nos envuelve, y, sea cualquiera la dirección que tomemos, siempre tropezamos con sus mallas invisibles! Yo sabré romperlas; yo sabré salvar á mi hija; yo tendré valor para decirle á su padre: el hombre con quien vas á casarla, el hombre por quien la sacrificas..... imposible: sería pronunciar su sentencia; sería poner dos hombres frente á frente, el pecho desnudo, la muerte entre los dos, pronta á herir, no á la culpa, no á la ofensa, no á la injusticia, sino al menos ha-

bil ó al menos audaz. No: es preciso que mi boca enmudezca, que mi pecho estalle, que mi vida acabe, pero salvando á mi hija, sin llevar á su padre á los azares de un duelo! ¡Triste condición la de esta madre desdichada y miserable! ¿Calla? Condena á su hija á la infelicidad y á la desgracia. ¿Habla? Envía quizá á su marido á una muerte cierta. ¡Señor! un rayo de tu luz divina que ilumine este abismo de dudas en que batallo..... (Viendo salir al Barón de las habitaciones de Inés.) Él!.... Necesito de todo mi valor y me abandonan las fuerzas.

ESCENA V.

MAGDALENA, el BARÓN.

(Magdalena hace un esfuerzo por levantarse cuando el Barón se aproxima: pero no consiguiéndolo sigue sentada. El Barón de pié frente á ella.)

BARÓN. Me ha indicado.... *mi hija,* que algo quería Ud. decirme; y como yo también pensaba en hablar á usted para darla á conocer mi voluntad, á fin de que esta situación termine, aquí me tiene Ud. pronto á escucharla; pronto también á preceptuarle la conducta que ha de seguir para asegurar la tranquilidad de esa desgraciada niña y la honra del nombre que lleva.

MAGD.ª ¿Qué piensa Ud. hacer de mí?

BARÓN. Partirá Ud. dentro de una hora para hallar asilo en un convento.

MAGD.ª ¿Sin abrazar á mi hija?

BARÓN. Sin abrazarla.

MAGD.ª ¿Y podrá Ud. impedirlo?

BARÓN. ¿Y qué importa á Ud. eso?

MAGD.ª Es la hija de mi alma.

BARÓN. La madre que voluntariamente abandona á sus hijos ya no es madre.

MAGD.ª Yo no abdiqué mis derechos.

BARON. Los rompió Ud. pisoteándolos.

MAGD.ª Yo los reivindicaré.

BARON. Sería curioso ver cómo.

MAGD.ª Hay tribunales.

BARON. Inténtelo Ud. y verá morir á su hija de dolor y de vergüenza.

MAGD.ª ¡Oh desdichada!

BARÓN. Sí, muy desdichada; tanto, que casi, casi me inspira Ud. piedad.

MAGD.ª No me haga Ud. partir.

BARÓN. Es preciso.

MAGD.ª Déjeme Ud. algún tiempo para saciar esta sed que de ver á mi hija tengo.

BARÓN. Imposible.

MAGD.ª Seré muda para todos, hasta para ella.

BARÓN. Repito á Ud. que es imposible.

MAGD.ª Ocultaré en lo profundo del alma mis sentimientos; tendré valor para permanecer indiferente; ahogaré el grito del corazón antes que suba á los labios; convertiré en sonrisas mis suspiros; la lágrima que á mis ojos asome sabré evaporarla al calor de mi deseo: haré cuanto Ud. mande; seré lo que Ud. quiera: criada; menos que criada, esclava; menos que esclava; pero déjeme vivir aquí algún tiempo; Ud. la ha visto siempre; la ha visto crecer, desenvolverse, transformarse en mujer; para Ud. han sido todas sus ternuras, sus sonrisas, sus besos, sus gracias; Ud. ha respirado el perfume de su inocencia; posee todo su amor, es dueño de su confianza, la habla, la abraza, la llama hija!.... pues bien, sea Ud. generoso: concédame Ud. lo menos que puede concederme; nadie sabrá quien soy; nadie, lo juro;—se lo jura á Ud. una madre desesperada—pero déjeme Ud. vivir aquí, á su lado: nunca me haré traición: á los ojos de todos,

á los ojos de ella seré siempre la mujer mercenaria que vende sus servicios á cambio de unas cuantas monedas; pero que la vea, que la oiga, que la sienta á mi lado, y pueda, durante su sueño,—¿qué menos he de hacer?—contemplarla en mudo éxtasis, adorarla con toda la ternura de que es capaz el corazón de una madre; decirla, con voces del alma, sin sonidos para que no despierte, quién vela su sueño, y redimir toda una vida pasada respirando los puros y castos aromas que se desprenden de su lecho virginal.

BARÓN. Invoca Ud. sus dolores, sus sufrimientos.... Tienda Ud. su vista en derredor y encontrará dolores y sufrimientos tanto mayores cuanto menos justificados.

MAGD.ª ¡No la he visto en quince años!

BARÓN. Pena es natural del abandono.

MAGD.ª Me siento morir y quiero verla.

BARÓN. Yo también hace quince años que muero bajo el peso de dolores sin medida, y sé ocultarlos en lo más hondo de mi ser para que nadie los sospeche siquiera.

MAGD.ª Harto he purgado mi falta.

BARON. No, y mil veces no; esa falta es de las que no se redimen.

MAGD.ª Jesús perdonó á la mujer del Evangelio.

BARÓN. Era Dios; no exija Ud. al hombre ni amor ni indulgencia que no tiene.

MAGD.ª Por mis sufrimientos pasados.

BARON. Por grandes que hayan sido, ¿qué sabe, lo que son sufrimientos? Pudo en Ud. más el afán de lo desconocido que los sagrados deberes de madre y de esposa; prefirió Ud. las luchas del infierno á los tranquilos y plácidos goces que el cielo bendice. ¿Qué extraño que hoy el infierno pague á Ud. con dolores centuplicados? (Pausa por un momento. Magdalena solloza con la ca-

beza oculta entre las manos como anonadada bajo el peso de los cargos que su marido le hace: nerviosas sacudidas la extremecen de cuando en cuando: una tos seca se deja sentir á intervalos desiguales. El Barón la contempla un momento y vuelve á dirigirse á ella como bajo el influjo de la piedad y de la misericordia.) Una cosa sola estoy resuelto á conceder á Ud.: mi perdón, para que sea más fructuosa la obra á que vá á dedicarse en la soledad del claustro y bajo la mirada de Dios. Quiero que mi alma esté libre de toda deuda cuando bendiga á mi hija para entregarla al hombre á quien la destino.

MAGD.ª (Como recordando la confesión de su hija.) ¡Ah!... esa boda... esa boda no puede hacerse.

BARON. ¿Cómo?....

MAGD.ª Hace un instante recibía aquí las confidencias de mi hija.

BARÓN. ¿Qué Ud. ha provocado?...

MAGD.ª Que ella me ha hecho libremente llorando sobre la felicidad que pierde. No ama á ese hombre.

BARÓN. Le amará.

MAGD.ª Ese empeño es para ella la desgracia.

BARON. Quizá, si Ud. la aconsejara.

MAGD.ª De modo que ese matrimonio....

BARÓN. Está completamente resuelto.

MAGD.ª ¿Sin que desista Ud. ante ninguna consideración?

BARÓN. Ante ninguna.

MAGD.ª ¿Cree Ud. que amo á mi hija? (Momento de pausa.) Créalo Ud. ó no, Dios sabe, yo sé que daría por ella hasta la última gota de sangre, hasta mi último suspiro. Pues bien, en nombre de la vida de mi hija, por el amor que le tengo; por el que Ud. le tiene; en nombre de Dios que nos escucha y juzga en este momento, no case Ud. á Inés con el Duque del Valle.

BARÓN. ¿Por qué?

MAGD.ª Hay causas bastantes para impedirlo.

BARÓN. ¿Cuales?

MAGD.ª Motivos sagrados.

BARÓN. Hable Ud., hable Ud. pronto, ó creeré que está representando una indigna comedia.

MAGD.ª ¿Quién finge cuando se discute la felicidad de una hija?

BARÓN. Explíquese Ud., pues.

MAGD.ª No puedo.

BARÓN. Basta ya; si sus extravíos sentimentales tan graves daños á todos nos causaron, no permitiré hoy que produzcan nuevo desastre en el concertado matrimonio de mi hija.

MAGD.ª ¡Escúcheme Ud. por esta sola vez!

BARÓN. Mi palabra está empeñada.

MAGD.ª Pues bien; yo haré cuanto Ud. desee: partiré inmediatamente, pero rompa Ud. ese matrimonio; renunciaré á verla para siempre, pero no la obligue Ud. á casarse; impóngame los castigos que quiera, pero arroje Ud. de su casa á ese Duque del Valle. No hay sacrificio que Ud. me exija que no esté pronta á realizar: ¿quiere Ud. que muera? Moriré con la sonrisa en los labios si se rompe para siempre ese enlace monstruoso.

BARÓN. (Como inspirado por una idea repentina y con furor reconcentrado y creciente.) ¡Oh!... hable Ud. pronto, lo exijo, lo quiero..... una palabra, una afirmación..... un signo..... Pero habla, desdichada! ¿No ves que me estás volviendo loco? ¿No ves que me ahoga la alegría á la sola esperanza de que voy á conocer al autor de mi desdicha? (En este momento, en que el Barón fuera de sí casi violenta á Magdalena para forzarla á que hable, aparece Andrés llamándolo en la puerta del pabellón de la izquierda. El Barón, al contestarle, hace una transición rápida y marcada.)

ANDRÉS. ¡Señor Barón!

BARÓN. (Volviéndo hácia él.) ¿Quién es? ¿Quién anda ahí? ¿Quién me interrumpe? Quién me llama?

ANDRÉS. Esperan á Ud. en su despacho. Va á empezar la Junta.

BARÓN. Es verdad; discúlpeme Ud.; voy al momento. (Andrés se retira: inmediatamente el Barón se dirige á Magdalena, interrogándola de nuevo con la mirada, con la actitud, con el movimiento. Magdalena se apresura á decir:)

MAGD.ª No.... no: está Ud. ciego.

BARÓN. (Rápida reacción en el Barón.) Pues bién, terminemos. Dentro de una hora partirá Ud. para Burgos acompañada por el hombre á quien Ud. tanto parece odiar.

MAGD.ª ¡Dios mio!

BARÓN. En cuando á mi hija, yo me encargo de justificar esta inesperada partida.

(Vase por el pabellón de la izquierda. Magdalena queda aterrada ante las últimas palabras de su marido.)

ESCENA VI.

MAGDALENA.

¿Es esto una horrible pesadilla ó que Dios me castiga y me abandona? ¡Qué espantoso sarcasmo de la suerte! Sobre esa niña desata todas las consecuencias de la culpa, y une á los cómplices en el ódio como antes los unió en el amor. Mi alma se rebela ante esta última y suprema degradación! ¡Moriré mil veces antes que aceptarla! Huiré, sí, huiré de esta casa donde hasta el amor de mi hija se levanta contra mí: desapareceré de la cumbre luminosa á que la fatalidad me ha traido, y volveré á la oscuridad del ser sin nombre, sin representación, sin estado, intentando

desde ella salvar á mi hija, salvar á mi esposo, aun dando por conseguirlo mi sangre,—¿qué importa?—aun dando por ello mi vida,—¿qué menos?—si se juega la felicidad de estos seres adorados. Buscaré á ese hombre funesto y ó han de ser de roca sus entrañas, ó renunciará á sus aspiraciones insensatas. (Mirando hacia la calle de árboles que conduce á la salida.) Por allí está la salida.... allí está la salvación. (Sollozando, vacilante y muy conmovida se dirige á la calle de árboles de salida, donde se encuentra con el Duque.)

ESCENA VII.

MAGDALENA, el DUQUE.

DUQUE. (Reconociéndola.) ¡Magdalena!

MAGD.ª Extraño es que tras de catorce años de olvido y abandono aun recuerde Ud. mi nombre.

DUQUE. Explicaré á Ud. mi conducta: me justificaré de tal modo...

MAGD.ª Basta: ni una palabra más. No es este el momento de acusaciones ni de disculpas: no hago las unas: no exijo las otras.

DUQUE. ¿Entonces?.....

MAGD.ª ¿No le dice á Ud. su conciencia que hay algo más grave de que tengo necesidad de hablarle: que me debe Ud. franca y leal explicación de su conducta en esta casa, y que la madre por Ud. seducida y abandonada tiene derecho á pedirle la felicidad de su hija?

DUQUE. Excuse Ud. invectivas y violencias. ¿Qué es lo que Ud. desea? qué tiene que decirme?

MAGD.ª Quiere Ud. casarse con mi hija: renuncie Ud. á ese matrimonio.

DUQUE. No puedo hacerlo, dado el extremo á que las cosas han llegado.

MAGD.ª Nunca es tarde para hacer el bién.

DUQUE. Lo es cuando la palabra está empeñada.

MAGD.ª No hay empeño que no pueda romperse.

DUQUE. Los hombres como yo no retroceden.

MAGD.ª Retroceder ahora es virtud.

DUQUE. No, cuando está empeñado el honor.

MAGD.ª ¿De honor habla este hombre?.....

DUQUE. Es el dios á quien rindo culto.

MAGD.ª Es, en Ud., máscara hipócrita con que encubre sus deformidades.

DUQUE. No opina del mismo modo su esposo de Ud.

MAGD.ª ¿Cómo, si la probidad y la honradez no sospechan siquiera la existencia del engaño?

DUQUE. Ahorremos palabras enojosas. ¿Está Ud. dispuesta á seguirme?

MAGD.ª ¿Pudo Ud. esperarlo siquiera?

DUQUE. ¿No sabe Ud. que su marido me ha suplicado que la acompañe á Búrgos?

MAGD.ª ¿No comprende Ud. que moriré antes de aceptar esa humillación?

DUQUE. Pero ¿qué desea Ud., en fin?

MAGD.ª Que se rompa ese matrimonio.

DUQUE. ¿Ignora Ud. que mañana se firmarán los esponsales?

MAGD.ª Hay monstruosidades que Dios no puede permitir.

DUQUE. Dios no se cuida de tales nimiedades.

MAGD.ª Éntonces ¿para qué me ha traido aquí? No luche Ud. contra la Providencia: desista de sus proyectos, y me verá entonces dócil y resignada marchar á Búrgos, ó al punto que se me designe, á extinguir mi vida entre el llanto, el arrepentimiento y la oración.

DUQUE. Moriría mil veces antes que renunciar al sueño más dulce de mi vida.

MAGD.ª ¡Y abusará Ud. así de la credulidad y de la buena fe de un hombre honrado!.....

DUQUE. Aprovecho cuanto me facilita el camino de mis aspiraciones.

MAGD.ª Y no tendrá Ud. piedad de una niña que llora y tiembla á la sola idea de entregar á Ud. su mano?

DUQUE. Son caprichos de colegiala: resabios de niña mimada que pronto le haré olvidar á mi lado. (Suenan las ocho en un reloj de salón que se supone en uno de los dos pabellones. Al concluir el sonido Andrés desciende lentamente del pabellón de la izquierda, avanza hacia la derecha, sin ser sentido por Magdalena ni por el Duque y se detiene sin atreverse á avanzar, al escuchar las palabras de aquella, hasta que rápidamente se presenta cuando lo indican la acción y el diálogo.)

MAGD.ª ¿Y nada podrá en su alma de Ud. el grito de una madre desesperada, por Ud. culpable, por Ud. criminal, por Ud. bajo el peso de la maldición divina, por Ud. castigada como mujer, y como esposa, y como madre?

DUQUE. Amo á Inés y será mía; conviene á mis propósitos que sea mi esposa y lo será.

MAGD.ª Ese matrimonio causará su muerte.

DUQUE. Yo la haré despertar á nueva vida.

MAGD.ª ¿Por qué no es posible adivinar á primera vista todos los horrores de la depravación de un alma? Niega Ud. las fuentes de verdad..... Pues bien, si Ud. las desconoce, si las huye, si las rechaza, yo, mujer, yo, moribunda, yo, desesperada, voy á imponérselas con tan inaudita pesadumbre que conviertan en ruinas y polvo todo el edificio de su soberbia.

DUQUE. Loca ó insensata, desafía Ud. mi cólera? Escúcheme Ud. bien y no olvide que las dificultades me estimulan y los peligros me alientan. Inés será mía; es preciso, lo necesito, lo quiero, y para conseguir-

lo no perdonaré medio ninguno..... ¿me entiende usted? Ninguno.

MAGD.ª No me infunden miedo esas amenazas. Hablaré.

DUQUE. La primer palabra pondrá en mis manos arma homicida contra su marido.

MAGD.ª Dios velará por su vida.

DUQUE. En duelo conmigo su muerte es segura.

MAGD.ª A pesar de eso, hablaré.

DUQUE. Esa confesión será la deshonra de una familia.

MAGD.ª Pues aun así hablaré.

DUQUE. El mundo no perdona ni áun á la inocencia.

MAGD.ª ¿Qué me importa el mundo si ella es feliz?

DUQUE. Mas sabrá que su madre.....

MAGD.ª Todo, antes que se case con Ud.

DUQUE. Todo, antes que perderla. (Queriendo llevarla hacia el exterior.) Sígame Ud.

MAGD.ª Jamás.

DUQUE. Lo exijo, lo quiero.

MAGD.ª Moriré aquí antes de seguir á Ud.

DUQUE. He dicho que lo quiero. (Cogiéndola de un brazo y queriendo arrastrarla hacia el exterior.)

MAGD.ª ¡Ah!....

ESCENA VIII.

(DICHOS y ANDRÉS, que en el momento en que el DUQUE violenta á MAGDALENA para obligarle á partir con él, interviene rápidamente indignado y colérico en la acción.)

ANDRÉS. (Interponiéndose entre ambos y sosteniendo á Magdalena, cuyas fuerzas están agotadas por emociones tan vivas, hasta que la deja recostada en un asiento. Mucha rapidez en esta escena que Magdalena escucha asombrada, como si no se diera cuenta de lo que oye.)

El hombre que pone la mano sobre una mujer es un cobarde!

DUQUE. ¡Miserable! (Dirigiéndose amenazador hacia Andrés.)

ANDRÉS. No añada Ud. la insensatez á la cobardía!....

DUQUE. Cuando digo que es Ud. un miserable á quien voy á ahogar entre mis manos.....

ANDRÉS. Respete Ud. la casa en que se encuentra! Es un asilo inviolable.....

DUQUE. Antes de una hora enviaré á Ud. mis testigos.

ANDRÉS. Desde este momento estoy ya esperándolos.....

(Indicándole la salida al Duque, quien se dirige á la calle de árboles que al exterior conduce y cuando pasa cerca de Magdalena, esta, vacilante, moribunda, hace un esfuerzo por levantarse y dice al Duque:)

MAGD.ª Ese duelo es imposible.

DUQUE. (Con irónico sarcasmo, pero con convicción profunda y contemplando á los dos.)

Partiremos dentro de tres horas.

(Magdalena cae como anonadada sobre el banco: el Duque se aleja por la calle de árboles del fondo. Andrés se dirige á sostener á Magdalena).

Telón rápido.

ACTO TERCERO.

La misma decoración del acto primero.

ESCENA I.

INÉS.

Son las nueve de la noche: la escena está iluminada por una lámpara colocada sobre la gran mesa de despacho, velando su luz una pantalla que apenas la deja extender sus reflejos sobre la habitación, hasta el punto de que esta se encuentra mejor iluminada por el fuego que arde en la chimenea. Inés no pierde de vista la puerta de la derecha, como esperando á alguien por ella.

Díjome Andrés que me vería esta noche un momento, y ya, para mi impaciencia, es mucha la tardanza. ¿Qué extraños sucesos se desenvuelven, desde hace algunas horas, en esta casa, que yo presiento, pero no adivino? Huye mi padre á encerrarse en sus habitaciones; recibe Andrés personas desconocidas y con ellas se encierra también para tratar no sé qué reservado y desconocido; y hasta esa señora, cuya vida es un misterio que vivamente mi curiosidad estimula, parece que agoniza bajo el peso de dolores que no puede soportar. Tengo miedo, sin saber de qué, como si el corazón me anunciara alguna gran desdicha..... Pero Andrés..... (Mirando por la puerta de la izquierda.) Ah! ya está aquí.

ESCENA II.

INÉS, ANDRÉS vestido de negro como para salir.

INÉS. ¿Va Ud. á salir?

ANDRÉS. Negocios urgentes á ello me obligan.

INES. ¿Negocios á estas horas?

ANDRÉS. Parte por la mañana uno de nuestros corresponsales, á quien hay necesidad de llevar ciertas instrucciones.

INES. Ud. me engaña, Andrés: hay en Ud. algo de solemne y grave que no le es propio. ¿Qué sucede?

ANDRÉS. No se entregue Ud. á cavilosidades, que no tienen razón de ser. ¿Qué motivo hay para esos temores?

INÉS. ¿Por qué se empeñaban con tanto interés en ver á Ud. las dos personas que han venido esta noche á buscarle?

ANDRÉS. Querían consultarme sobre un negocio de banca.

INÉS. No tenían trazas de negociantes.

ANDRÉS. Pero sea Ud. razonable: ¿por qué la preocupan las cosas más sencillas?

INÉS. No lo sé; pero el empeño de mi padre hoy, sus palabras duras á que no me tiene acostumbrada, el aspecto de esa señora, sus dolorosas confidencias, han predispuesto mi ánimo de tal modo, que parece sospecha en todas partes desdichas y amenazas.

ANDRÉS. Justificados estarían esos temores, si en esta casa hubiera ocurrido hoy algún suceso, fuera de lo normal y de lo corriente.

INES. ¿Qué otro quiere Ud. mayor que el que nos arrebata nuestras más dulces esperanzas?

ANDRÉS. ¿Quién sabe si para nosotros brillará mañana sol más alegre?

INES. No me anuncia el corazón otra cosa que desdichas.

ANDRES. El mío quizá se abre á la esperanza.

INES. ¿Luego yo tenía razón? ¿Luego algo sucede que Ud. me oculta?

ANDRÉS. ¿Me cree Ud. capaz de engañarla? No, ¿no es verdad? Pues bien, es posible que vida nueva comience para nosotros.....

INES. ¿Cómo?.....

ANDRÉS. Desde hace dos horas, hechos, que yo no puedo revelar aún, pero que quizá Ud. llegará á conocer un dia, ejercen una influencia decisiva sobre todos nosotros. ¿Cuál será el resultado? No lo sé; pero de cualquier modo anularán ó retrasarán ese matrimonio..... Espere Ud. tranquila. Yo entre tanto salgo á terminar ese asunto.....

INES. Insiste Ud. todavía?....

ANDRÉS. Es preciso, Inés: retírese Ud., yo se lo ruego, en la seguridad de que próspero ó adverso, tendrá usted conocimiento exacto de cuanto ocurra.

INES. Me lo promete Ud?.....

ANDRÉS. Se lo prometo.

(Sale Inés primera puerta izquierda.)

ESCENA III.

ANDRÉS.

(Contempla la puerta hasta que Inés desaparece completamente. Viene al centro. Consulta su reloj.)

Las nueve..... aún me sobra tiempo. Temí que la emoción me vendiera..... Valor: es preciso merecerla, y para ello..... ¿Qué menos que vengarla? (Viendo á Magdalena que aparece por la primera puerta izquierda.) ¡Señora!

ESCENA IV.

ANDRES, MAGDALENA.

MAGD.ª Dios permite que llegue á tiempo. (Pálida y vacilante, casi moribunda, avanza hasta venir á caer en los brazos de Andrés que la sostiene, y la lleva al confidente.)

ANDRES. ¿Se siente Ud. mal.....? está Ud. pálida, helada, temblorosa.

MAGD.ª No se ocupe Ud. de mí..... ¿qué importa mi vida?.... La que es preciso salvar es la de Ud..... lo que es preciso evitar..... es ese duelo.....

ANDRES. ¡Cálmese Ud.... recobre un poco de valor, y piense que un momento de vacilación ó de duda, puede acabar para siempre con la honra y la tranquilidad de esta casa.

MAGD.ª Sí, yo lo haré.....; pero no se bata Ud..... no se bata.....

ANDRÉS. ¿Cree Ud. señora, que hay otro medio de poner término á los acontecimientos que, hace algunas horas, en esta casa se desenvuelven?

MAGD.ª Va Ud. á exponer su vida.....

ANDRÉS. ¿Qué menos he de hacer por la tranquilidad del que ha sido para mí un segundo padre?

MAGD.ª Ese hombre es hábil en el manejo de las armas.

ANDRÉS. Defiendo una causa justa.....

MAGD.ª ¿Y si la suerte le es á Ud. contraria?

ANDRÉS. No me prive Ud. del valor que necesito.

MAGD.ª Renuncie Ud. á ese duelo.

ANDRÉS ¿Cómo renunciar, si ha venido á satisfacer mis ambiciones todas? Solo un milagro podía alejar de mí la desdicha que tanto temía, y ese milagro se ha realizado. Sin vacilaciones y sin temor, voy á ese duelo provocado por la audaz soberbia del hombre

que tantas desgracias sobre esta casa ha acumulado. Tengamos fé y es nuestro el porvenir.

MAGD.ª Pero mi hija.... mi desdichada hija....

ANDRÉS. Libre se verá por este medio del lazo odioso que quieren imponerle.

MAGD.ª Yo lo evitaré en tanto que un aliento de vida me sostenga: mis cobardes temores han cesado: hace un instante que algo como el deslumbramiento de la eternidad, cegó mis ojos, y voces misteriosas, pero enérgicas y acentuadas se levantaron de mi conciencia. Valor tuve para cometer el pecado; preciso es también tenerlo para evitar sus frutos.

ANDRÉS. Alma enferma y que en la lucha sucumbe, su alma de Ud. no acierta con el verdadero camino en medio de la oscuridad de sus dudas y de sus temores. Extendiendo el mal no se aminora ni remedia. Inspira á Ud. hoy el arrepentimiento, sea; pero que venga acompañado de la abnegación y del sacrificio.

MAGD.ª ¿Qué debo hacer?

ANDRES. Ahogar en el fondo del alma todas sus angustias y dolores; aparecer tranquila ante su hija que presiente y como adivina que algo trágico y desconocido se agita en la atmósfera que la rodea; obedecer ciegamente la voluntad de un esposo que tiembla ante el pensamiento de que el mundo descubra el secreto que le llena de terror, y esperar el próximo momento en que, vencedor yo, acabe para siempre la vergonzosa tutela que sobre Ud. ejerce ese hombre con sus amenazas; ó vencido, busque Ud. por medio de francas revelaciones, en el único que posee el derecho de ampararla, brazo más afortunado que sepa defenderla.

MAGD.ª Pero si Ud. sucumbe..... ¿qué responderé á esa niña cuando en su dolor me interrogue?

ANDRÉS. Mi valor es ella, como es mi esperanza. Volveré.

MAGD.ª Sí, sí, vuelva Ud. y vuelva pronto, porque no podré soportar esta hora de angustia.

ANDRES. Y si por acaso no volviera..... (A un movimiento de Magdalena.) Tengo confianza en el triunfo; pero si no volviera, dígale Ud. que mi último pensamiento, que mi último suspiro, que el último latido de mi corazón, han sido por ella, y para ella. (Dominado por la emoción sale rápidamente por el foro: Magdalena intenta detenerlo, pero falta de fuerzas tiene que sostenerse en el confidente desfallecida y sollozando.)

ESCENA V.

MAGDALENA, después un CRIADO.

MAGD.ª (Vacila un instante y dice después como dominada por repentina inspiración.)

No, no, esto no puede ser..... es preciso evitarlo..... Ha llegado la suprema hora de las grandes espiaciones. Cumpliré mi deber..... Luz del cielo, sin duda, disipa en este instante las tinieblas de mi alma. No más temores..... no más vacilaciones. Borra el sacrificio la culpa..... ¡Bendito sea si los salvo á todos! (Se dirige á la mesa de despacho y escribe rápidamente en una hoja de papel que encierra dentro de un sobre. Hace sonar un timbre y se presenta un Criado.) Tome Ud.; lleve inmediatamente esa carta, y entréguela en propia mano al Sr. Duque del Valle.

CRIADO. Así lo haré (Sale por el foro.)

MAGD.ª Y ahora, júzguen Dios á todos en la medida de su misericordia.

(Magdalena dice sus dltimas palabras cayendo casi desfallecida y sollozando en el confidente.)

ESCENA VI.

DICHA y el BARÓN por la primera puerta derecha, sin ver al pronto á Magdalena.

BARÓN. Aun no ha vuelto ese hombre, y cada minuto que tarda es un siglo de angustias para mi alma. (Viendo á Magdalena.) ¿Ud. aquí?

MAGD.ª No es mía la culpa: he querido abandonar esta casa donde todo me acusa, y la fatalidad me lo ha impedido.....

BARÓN. ¡Fatalidad! ¡Huir! Pero esta mujer cree que es dueña de seguir arrastrando por el lodo de la calle el nombre que lleva su hija! Desde el momento en que ha vuelto Ud. á pisar este hogar honrado, invoco el carácter de padre, la autoridad de marido, para imponerle los medios de redención. En este proceso, me erijo en juez y fallo en absoluto.

MAGD.ª ¡Pero mi hija.....

BARÓN. Por ella sobre todo.

MAGD.ª (Con resolución.) Sobre todo, por ella, necesito quedarme aquí.

BARON. Supongo que aun habrá en Ud. algo que le aconseje evitar el escándalo.

MAGD.ª Aun me siento con bastante valor para salvar á mi hija.

BARON. ¿De qué? ¿De que cumpla la voluntad de su padre?

MAGD.ª De que la haga Ud. desgraciada para siempre.

BARON. Pero ¿qué obcecación ciega su alma de Ud. al tratar de ese matrimonio?

MAGD.ª Pero ¿qué ceguedad perturba su razón de Ud. en cuanto de él se habla?

BARON. Motivos poderosísimos me hacen desearlo.

MAGD.ª Causas aun mayores me imponen el deber de combatirlo.

BARON. ¿Cómo, si ni aun tiene Ud. personalidad en el mundo?

MAGD.ª La tengo ante Dios: soy madre.

BARÓN. Madre muerta hace quince años.

MAGD.ª Pues bién, de la tumba me evoca la angustia de esa niña desesperada.

BARÓN. ¿Aun no está Ud. satisfecha? Aun pretende sembrar la rebelión y el odio, aquí donde solo han reinado hasta ahora la confianza y el amor?

MAGD.ª ¿No quiere Ud. creerme? ¿No puede Ud. adivinarme? ¡Yo sembrar la rebelión y el odio en esta casa, templo para mí, donde solo tienen altares la virtud y la inocencia! ¡Yo sembrar en el corazón de mi hija la desconfianza hacia Ud., cuando no tiene en el mundo más que su cariño y su amor, y esto, en la suprema hora en que me siento morir, en que este miserable cuerpo cae, como torre que se derrumba, bajo el peso del remordimiento, de la enfermedad y de los pesares! ¡Cómo, si daría mi sangre toda por infundir en Ud. más amor hacia ella, si eso fuera posible! ¡Más, mucho más amor en ella hacia Ud., á fin de que, como yedra á robusto tronco enlazada, eternamente en ese amor tomara vida! (La agitación y la dificultad para expresarse deben irse marcando desde aquí más gradualmente: la palabra debe ser entrecortada, ronca y frecuente: la tos seca y áspera, aunque no muy repetida, debe interrumpir á veces la frase, lo que deja el autor á la inspiración de la actriz.) No; comprenda Ud., en fin, que algo más alto que un mezquino sentimiento de amor propio que algo más poderoso que un pueril instinto de contradicción, me impone el deber de impedir este matrimonio, con mi muerte si fuera preciso; con l

eterna desdicha de todos, si con mi muerte no bastara. No será: no puede ser: tan imposible es ese matrimonio, que si á pesar de todo intentara realizarse, Dios mismo haría un milagro para impedirlo!

BARÓN. ¿Pero qué odiosa maquinación es esta? ¿Por qué una y otra vez arroja Ud. ante mí la acusación, pero nola prueba? Basta ya de reticencias y de misterios. Bajo la sola fe de sus afirmaciones, se empeña usted en convencerme de que ese matrimonio es imposible. ¿Por qué? (Momento de pausa.) Nada responde Ud. y no ha de ser así ¿Qué cargos tiene Ud. que dirigir contra el marido que doy á mi hija? ¿No pertenece á la más alta clase social?

MAGD.ª Sí.....

BARON. ¿No posee los dones de la fortuna y del talento?

MAGD.ª Sí.....

BARÓN. ¿No goza de la consideración y del respeto del mundo? ¿No ha probado bastante su amor hacia Inés? ¿No tiene cuantas condiciones son necesarias para asegurar la felicidad á una mujer?

MAGD.ª Y sin embargo, ese hombre podrá hacer feliz á cualquier mujer; pero no á mi hija; puede aspirar á la mano de todas las mujeres..... menos á la de mi hija; y á pesar de su ilustre rango, á pesar de su posición en el mundo, no puede, no debe, le está terminantemente prohibido, hasta pensar en esa desgraciada niña.

BARÓN. Solo un hombre, con el que deuda de sangre me liga se encuentra en el caso que Ud. acaba de indicar. ¿Es el Duque ese hombre?

MAGD.ª (Su abatimiento debe ir en aumento: la agitación que hace nacer el temor de llegar á mayores declaraciones y su falta de fuerzas, le producen un ligero desvanecimiento al decir.) No puedo, no puedo..... me ahogo.....

BARÓN. ¡Ah! pierde el conocimiento!..... Magdalena! Magdalena!..... Dios mio! Dale tiempo siquiera para que pronuncie el nombre del ladrón de mi ventura. (Acercándose á ella con viva agitación.) Ligera aspiración mueve su pecho! (Tomándole las manos.) Sus manos están heladas! Su pulso apenas late..... Magdalena!.....

MAGD.ª (Volviendo en sí lentamente: sigue aumentando el abatimiento y la falta de fuerzas.) ¡Qué horrible..... ¡qué horrible sufrimiento!

BARÓN. ¿Se siente Ud. mejor? (Magdalena que apenas puede articular las palabras contesta afirmativamente con un movimiento de cabeza.) Ha sido ligero desvanecimiento que pronto pasa ¿Necesita Ud. algo? ¿Quiere Ud. que llame?.

MAGD.ª No, nada, nada.....

BARÓN. Pues bién, tranquilícese Ud.... y pongamos pronto término á las violencias de esta situación. Hable usted con la franqueza que tiene derecho á exigir el hombre ofendido que está pronto á perdonar, en cuanto dentro de lo humano, es posible el perdón.

MAGD.ª (Que durante el anterior diálogo no ha cesado de observar con impaciencia hacia la puerta del foro, como si esperara la llegada de alguien, dice ahora como si presintiera que se realiza su esperanza.)

¡Ah! un instante aun..... (Escuchando.) Ya llega!.....

BARÓN. (Con extrañeza.) ¡Llega! ¿Quién?

MAGD.ª La prueba... la lucha.... el sacrificio.

BARÓN. Y la verdad..... y la luz.....

MAGD.ª Y con ellas el perdón.

ESCENA VII.

DICHOS y el DUQUE del VALLE, que aparece en la puerta del foro seguido de ANDRÈS. Baja lentamente á la línea del proscenio, donde se encuentran los demás personages. ANDRÉS siempre en segundo término. Los actores deben estar colocados de izquierda á derecha en el órden siguiente: EL BARON, MAGDALENA, el DUQUE, ANDRÉS.

BARÓN. (Con ira reconcentrada viendo entrar al Duque.) (Al fin...!)

MAGD.ª (Bajo al Barón.) Calma.... y valor!

DUQUE. (Dirigiéndose á Magdalena.) Escrita por Ud. he recibido esta carta hace un momento; y como en ella aquí se me llama con urgencia invocando altísimos intereses, no he vacilado en aplazar asunto también urgente, (aludiendo á Andrés) para venir á cumplir la palabra dada al Barón, si está Ud. decidida á partir.

MAGD.ª El momento de mi partida.... solo de Dios es conocido: algo más grave vamos á resolver en esta hora suprema: (El Barón que lucha por dominarse, quiere hablar; pero una mirada suplicante y una señal de Magdalena se lo impide, y le hace permanecer en silencio: después dice á Andrés, que al escuchar sus últimas palabras va á retirarse por la puerta del foro.) Quédese Ud., Andrés: hacen falta aquí nobles y leales corazones. (Andrés vuelve al proscenio.)

UQUE. Pero esta carta?..... (Interrogando al Barón cuya actitud debe ser muy digna.)

AGD.ª Pesa en sus manos de Ud.... no es extraño, porque pesa aun más en su conciencia.

UQUE. ¿Cómo? ¿Qué quiere Ud. decir? ¿Qué embozadas acusaciones son esas?

AGD.ª No permite acusaciones la complicidad.

UQUE. Ah! Lo ha querido Ud!..... (A Magdalena, comprendiendo que todo está revelado.)

RÓN. Lo he exigido yo.

ANDRES. (Aparte) ¡Ah, desgraciada!

BARÓN. Yo, que he franqueado á Ud. esos umbrales; que le he tendido mi mano, que iba, ciego, á entregarle el tesoro que más estimo.

DUQUE. Oigame Ud.....

BARÓN. (Interrumpiéndole.) No existen palabras con que usted pueda justificarse.

DUQUE. Sé al menos responder de todos mis actos.

BARÓN. Solo ahí, solo en el terreno de la responsabilidad y del castigo, es donde desde hoy podemos encontrarnos.

MAGD.ª (Vacilante y respirando con gran dificultad.) No, no.....

DUQUE. Espero sus órdenes..... (Se dirige á la puerta del foro.)

MAGD.ª Es imposible ese duelo.

BARÓN. (Al Duque.) Andrés se entenderá con la persona que Ud. designe..,..

MAGD.ª No, no, en nombre de Dios! (El Duque se para y vuelve lentamente al escuchar el grito de Magdalena: Andrés se acerca á sostenerla, porque amenaza desvanecerse.)

ANDRÉS. (A Magdalena.) ¡Valor!

MAGD.ª En estos tristes momentos, yo pido á todos, yo exijo á todos, algo más que la vulgar satisfacción de la venganza. Patrimonio de almas bajas ha sido siempre el escándalo..... Es preciso que el drama que por espacio de quince años en el misterio anduvo envuelto, no vaya á desenlazarse á la faz del mundo, á la luz del sol..... Aquí debe terminar, aquí debe morir..... entre nosotros, solo entre nosotros.

ANDRÉS. Se está Ud. matando!

BARÓN. Es preciso terminar.....

MAGD.ª Sí, ahora, ahora.... porque quizá luego será tarde.....

BARÓN. Puede Ud. salir, caballero.....

MAGD.ª (Extendiendo el brazo hacia el Duque para detenerlo.) Horas de abnegación y de sacrificio son aquellas en que

un alma de la vestidura terrestre se despoja. La mia que ya en la eterna luz se baña, no puede entrar en la región de la muerte, sin el arrepentimiento de usted (al Duque) sin el perdón del hombre ofendido (dirigiéndose con afan al Barón), sin la certeza de que mi hija realizará los votos y esperanzas que tan dulcemente halagan su corazón..... (Mirando á Andrés. Queda como desvanecida por los esfuerzos que hace moribunda, y por las emociones que la combaten.)

BARÓN. ¡Magdalena!..... (Creyendo que se muere.)

MAGD.ª Providencia divina aquí me trajo como víctima expiatoria de los pecados de todos! Madre sin hija, esposa sin esposo, mujer sin personalidad ni valor social, cadáver evocado de una tumba para volver á ella, preciso es que muera conmigo hasta el recuerdo de esta historia de remordimientos y de lágrimas..... (Nuevo desvanecimiento como el de una persona próxima á morir.)

BARÓN. (Inclinándose hacia ella.) Esta mujer se muere..... pronto, Andrés, un médico.....

MAGD.ª (Volviendo en sí, con voz muy apagada y deteniendo á Andrés que va á salir.) No, no, ¿qué importa el cuerpo? El alma, solo el alma es la que tiene necesidad de consuelos..... (Dirigiéndose al Duque) de esperanza, de confianza..... (Dirigiéndose al Barón) de perdón.....

DUQUE. (Que desde la última vez que Magdalena lo detiene debe aparecer poco á poco profundamente conmovido.) No olvido, sino arrepentimiento de lo pasado, exige Ud. á todos en estos solemnes instantes.... En el combate de sentimientos desconocidos que mi conciencia agitan, yo se lo prometo á la madre moribunda y desgraciada!..... (Dirigiéndose al Barón.) En cuanto á Ud., caballero, no caso de honor mundano, que aquí el misterio vela y ocultará para siempre, yo se lo prometo y ju-

ro; sino caso de conciencia me constituye en su deudor..... Siempre me hallará Ud. pronto á satisfacerle. (Saluda y sale lentamente por la puerta del foro.)

ESCENA VIII.

DICHOS menos el DUQUE.

Al salir el Duque, el Barón quiere dirigirse á él en un arranque de cólera. Magdalena le detiene y le dice señalándole el cuarto de Inés.

MAGD.ª ¡Por ella!.....

BARÓN. ¡Siempre por ella!.....

MAGD.ª ¡Por su honra!.....

ANDRÉS. (Suplicándole.) ¡Por su vida!.....

BARÓN. ¡Ah! Por su vida..... hasta el martirio!.....

MAGD.ª ¡Bendita sea!..... (Vuelve á desfallecer.)

BARÓN. ¡Magdalena!

ANDRÉS. ¡Señora!

MAGD.ª (Volviendo en sí.) Voy á morir..... sin estrechar su cabeza de angel contra mi pecho..... sin la luz de sus ojos..... sin la dulce música de sus palabras..... ¡Qué horrible castigo..... de la falta.....

BARÓN. (Conmovido.) No; la verás.... vendrá...,.

MAGD.ª (Casi por señas y con las últimas palpitaciones de la vida. No, no, que respete..... y adore mi memoria.... la veré..... la veré.... en el cielo.... (Muere.)

ANDRÉS. (Aterrado y dejándola sobre el sofá, donde hasta ahora ha estado sosteniéndola.) ¡Muerta!

BARÓN. ¡Muerta! (Al dirigirse á ella, Andrés se interpone y le detiene. El Barón se arroja en sus brazos sollozando.) ¡Ay amigo mio, que este débil corazón....¡aun la amaba!....

ESCENA IX.

DICHOS é INÉS que sale de su habitación y se sorprende al ver á su padre abrazado á ANDRÉS y sollozando.

INES. Dios mio!.... ¿qué sucede? ¿Lloras? (Ve entonces el cadáver de Magdalena y exclama.) ¡Jesús!.... ¡Muerta!

BARÓN. ¡Hija!

ANDRÉS. Señorita! (Queriendo impedir que se acerque á Magdalena.)

INÉS. Dejadme rezar por ella!.... Madre sin hija.... yo sin madre.... dejad que acompañen su alma las oraciones de la huérfana!...

BARÓN. Sí, hija mia, reza y ora... que al rezar por ella..... tu madre te bendecirá desde el cielo!.....

Inés de rodillas á los piés de Magdalena, á la derecha: el Barón extendiendo las manos, profundamente apenado y conmovido, sobre el grupo que forman. Andrés á la izquierda, un poco detrás solloza con el rostro escondido entre las manos.

Cae el telón.

FIN DEL DRAMA.

Al terminarse la impresión de esta obra, el Autor tiene la obligación de declarar que debe inmensa gratitud á su insigne amigo el Sr. D. Antonio Vico, honra y gloria de la escena española, por el celo é interés con que acogió este drama, lo puso en estudio, lo dirigió é interpretó, así como á los demás actores que en la obra tomaron parte. A ellos se debe principalmente el éxito obtenido, y á ellos pertenecen los aplausos y el entusiasmo del público.

Nota. La parte del diálogo marcada con asteriscos, puede suprimirse en la representación.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las oficinas de la «Administración lírico dramática,» Ce daceros, 4, 2.º

EN PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares direct mente á la «Administración lírico dramática,» acompañando s importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisit no serán servidos.